

# Educadora de varias generaciones de masoenses

Texto y foto ORLANDO NARANJO ESCALONA

Varias generaciones de masoenses han crecido y se han formado bajo la atenta mirada de Dora Elidia Viera Martínez, la educadora más experimentada del círculo infantil Granma, ubicado en la Unidad 6, de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, del municipio de Bartolomé Masó.

"Tengo el orgullo de haber formado varias generaciones de profesionales y, además, de contribuir con la educación de sus hijos, dándole continuidad a los conocimientos, hábitos y habilidades que inculqué a los padres.

"Nuestra labor fundamental es garantizar un buen cuidado de los niños que los padres dejan bajo nuestra custodia mientras ellos se van a trabajar; pero, a la vez, nos esmeramos por su formación integral y porque sean en el futuro hombres y mujeres de bien".

La vida laboral de la señora Dora se traduce en cerca de 40 años entregados por entero a la enseñanza infantil, en una institución docente que ha sido para ella casi como su hogar.

"Aquí comenzó mi vida laboral, allá por la década de los años 80 del pasado siglo y aquí me he mantenido, incluso en los momentos más difíciles del período especial, cuando muchas de mis compañeras se aventuraron en otras tareas y sectores de la sociedad".

Sobresalen entre las cualidades de la señora Dora, además del amor por su labor, una infinita consagración al trabajo y un alto sentido del deber. Ello le ha hecho



participar en actividades voluntarias y aportar al logro de los objetivos supremos de su institución.

"Para mí no hay dicha mayor que muchos de los infantes que he atendido, después de tantos años, me sorprendan en la calle con una sonrisa y me digan: Señora, ¿no se acuerda de mí?"

Próxima a alcanzar los términos requeridos para su jubilación, Dora Elidia vive cada día una nueva aventura en los salones del círculo infantil Granma, una entidad docente donde varias féminas, como ella, abonan el suelo de la esperanza con altas dosis de amor.

# El Chino de la tapicería



Texto y foto ANAISIS HIDALGO RODRÍGUEZ

SIEMPRE lleno las fosforeras con él, porque, además de afable y buen conversador, le sabe un mundo a su oficio. En algunos momentos, he llegado a creer, que con solo agitarlas, les conoce el desperfecto. Si está en sus manos, las compone al vuelo, y cuando te dice puedes botarla, ponle el cuño, aquello no da para más.

Desde horas tempranas, Julio César Tamayo Díaz, más conocido como El Chino de la tapicería, se sienta en su local, a la intemperie, bajo la sombra de un frondoso roble blanco, en una de las avenidas más concurridas de Bayamo, la calle Figueredo, en los frentes de la tapicería.

Allí levanta su timbiriche, una añeja mesa de madera sobre la cual esparce toda clase de utensilios raros, reminiscencias de lo que antes fuera un tenedor, una cuchara, una maquinilla de afeitar, un cepillo de dientes... en fin.

Y es que para el rellenador y reparador de fosforeras, no existen herramientas establecidas, sino las que la propia creatividad humana es capaz de diseñar, al ser este un oficio exclusivo de Cuba: "En el resto del mundo las fosforeras son artículos desechables, solo aquí se reciclan, porque la gente no puede darse el lujo de botar".

Más para librarse del gas tóxico que por el calor, El Chino prende su ventilador ruso, un Órbita que bien vale un monumento: "Este es el que me ha mantenido tantos años con vida, me chequeo anualmente los pulmones y están al cien, sin ninguna lesión".

Aprendió el oficio de forma empírica, tras dejar su trabajo como tornero en un taller de la Planta 26 de Julio, y abrirse camino como particular, buscando independencia y mejoría económica.

Desde entonces, mucho ha llovido y tronado a lo largo de estos 20 años, ininterrumpidos prácticamente, porque ni durante la Covid-19 estuvo inactivo; más bien, a petición de las personas, se le otorgó un permiso especial, para que, respetando la distancia entre los clientes, pudiera llenar y reparar fosforeras.

Pero llenar fosforeras con El Chino, más que un encargo es un placer. Siempre tiene una historia que contar y, ¡lo mejor!, buen ánimo. Nunca se le ve malhumorado ni con cara de pocos amigos, de manera que, quienes acuden a su puesto, se llevan también alguna reflexión para la vida, como la de la caja de piedras, que tanto me fascina escuchar:

"Por aquí pasa mucha gente, algunos no tienen buena economía, les falta dinero para poner una piedra, yo siempre les he dicho que eso no tiene importancia; si no tienen el dinero, yo les regalo la piedra; lo importante es que resuelvan.

"Sucede que un día una persona vino con esa situación, no tenía dinero para la piedra y se la regalé. Al cabo de los años, finalizando mi jornada, alguien me llama y me dice: 'Mira, yo quiero regalarte un paquete de piedras', yo le pregunto: 'Pero, por qué usted me va a regalar un paquete de piedras, si usted no me conoce'. Y me dijo: 'Porque yo una vez pasé por aquí, no tenía dinero para la piedra y tú me la regalaste, ahora yo tengo una gran cantidad de piedras y te las voy a regalar.

"Realmente no recordaba, me quedé asombrado, porque es señal de que es un individuo agradecido y esa es la principal cualidad que uno debe tener en la vida; por lo demás, que te guste lo que haces. A mucha gente le agrada cómo trabajo, y eso compensa más que el dinero".

Aficionado de la buena música y un ferviente devorador de libros biográficos, El Chino es uno de esos convencidos de que la lectura, aunque uno tenga un simple oficio de obrero, "te da mucho, te forma, te ayuda a vivir y a entender"; tal vez por eso sus historias siempre tienen un hábito filosófico que nos ayuda a enrumbar nuestro camino.

Sin antecedentes asiáticos probados, apenas sus ojos achinados y una rigurosa disciplina, carácter y profesionalidad quizás más asociadas a esta cultura, El Chino de la tapicería es uno de esos cubanos de agradable conversación y formado en la fe en el mejoramiento humano: "Tenemos que creer que el ser humano puede cambiar, lo que uno necesita a veces es un empujoncito para sobreponerse a las situaciones adversas", le he escuchado en ocasiones.



# La oferta, la demanda y el neoliberalismo

Ni las buenas intenciones, ni el desconocimiento, justifican malos resultados; mucho menos, cuando en el yerro se juega el destino del pueblo, del país.

Estos tiempos de crisis universal traen en algunos, junto a las privaciones materiales, confusiones y anemia de ideas, las que intentan enmendar con el mal ejercicio de un oficio viejo: el copismo.

La apertura económica en Cuba, la cual incluye la ampliación del trabajo por cuenta propia, la creación de micro, pequeñas y medianas empresas -sobre todo privadas- han hecho creer a suspicaces o trasnochados que ha comenzado la construcción del capitalismo.

A juzgar por cómo actúan, es eso lo que piensan. ¿Ha escuchado usted a ciertos personajillos afirmar que "esto lo resuelve la oferta y la demanda!"?

La supuesta ley es presentada por los defensores del capitalismo como principio básico de la economía, capaz de regular la producción y determinar los precios de bienes y servicios en el mercado; pero, si fuera cierto, solo con tal principio ya habría crecido la producción de alimentos, sobre todo de pollo, aceite -incluso viandas- y se habrían estabilizado sus precios.

Una mala noticia para los neocapitalistas: la mencionada "ley" no es un principio fundamental de la economía, ni siquiera de la capitalista, sino una expresión de las relaciones de producción basadas en la explotación de la clase trabajadora.

Ella es reflejo de las desigualdades sociales, no garantiza un equilibrio entre la producción y el consumo, y un asunto de primerísima importancia: no tiene en cuenta la distribución desigual de la riqueza y del poder económico, realidad de la que emana una peligrosa concentración de la riqueza en pocas manos, o lo que es igual, el empobrecimiento de la mayoría.

Estudiosos de la "sagrada" afirmación, de algo así como el santo sanctorum de la economía capitalista, advierten que la "verdad absoluta", no lo es tanto, y que podría no funcionar en determinadas condiciones.

No marcha, por ejemplo, cuando una empresa controla la oferta de un producto o servicio de manera monopólica, pues ella puede fijar los precios sin tener en cuenta la demanda real del mercado.

Pero tampoco anda cuando un pequeño grupo de empresas (oligopolio) ejerce el control (del aceite, del pollo..., por ejemplo), pues ellas -verdaderas especuladoras- coordinan precios, riéndose de las fichas de costo y de que muchos no podrán adquirirlos.

Marx decía -en junio de 1865- que "la oferta y la demanda no regulan más que las oscilaciones pasajeras de los precios en el mercado (...) Supongamos que (...) se equilibren o se cubran mutuamente, como dicen los economistas. En el mismo instante en que estas dos fuerzas contrarias se nivelan, se paralizan mutuamente y dejan de actuar en uno u otro sentido".

Él y Engels alertaban de las crisis de sobreproducción generalizada -más producción que demanda-. Como hoy, en Cuba, la mayor parte de las entidades que comercializan alimentos no los producen, las podríamos llamar "crisis de sobreoferta", con licencia.

Elas llevarían a abarrotar el mercado, con peligro de deterioro de productos, de la caída inevitable de los precios y de las ganancias. No es sensato poner nuestros sueños en manos de la tal "ley".

Está claro que todo sería diferente si se produjera más, principalmente alimentos, pero lograrlo en los niveles que hoy necesitamos, no es asunto de tres días.

Quienes se frotan las manos pensando en su futuro burgués, defienden la liberalización o la desregulación en el comercio, una de las características del neoliberalismo, ese que tanto mal trae a los pueblos.

Entonces, resulta ineludible fortalecer el papel institucional, hacer cumplir las leyes, las cubanas, parar cuanto antes las cadenas de revendedores y frenar la actuación inmoral de los especuladores.

A fin de cuentas, un error principal de nuestros aprendices de capitalistas es olvidar que Cuba no construye el capitalismo.

Lo alertó Fidel: "El socialismo no se construye, desde luego, al estilo capitalista. En el capitalismo funcionan las leyes ciegas (...) En el socialismo el factor fundamental es la conciencia de los hombres y mujeres del pueblo".